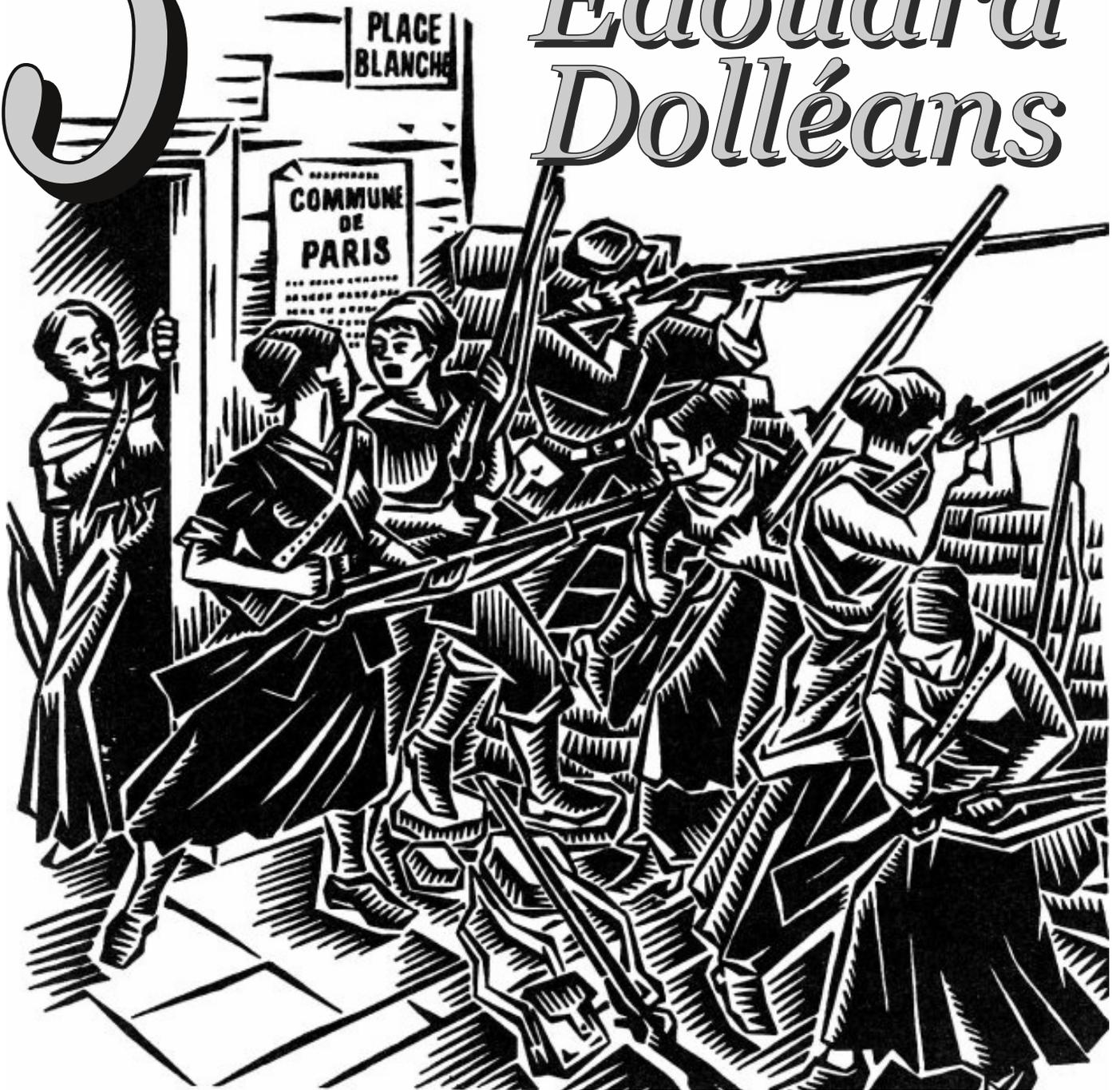


# La Comuna de París

*Édouard  
Dolléans*



*SOV Baix Llobregat, 2009*



# La Comuna

*Édouard Dolléans*

*“Qué honor, nuestro ejército vengó sus desastres con una victoria inestimable.”*

*Les Débats, mayo de 1871*

*“Podéis contar con mi palabra, yo no falté nunca a ella... El París de la Comuna no es más que un puñado de desalmados... Si se dispararon algunos cañonazos, no fue obra del ejército de Versalles, sino de algunos insurrectos, para hacer creer que se baten, cuando no se atreven ni a asomarse... Los generales que condujeron la entrada a París son grandes militares... Yo seré despiadado; la expiación será completa y la justicia inflexible... Hemos alcanzado el objetivo. El orden, la justicia, la civilización obtuvieron al fin su victoria... El suelo está cubierto de cadáveres; ese espectáculo horroroso servirá de lección.”*

*Thiers, 22 de mayo de 1871*

*“La Comuna gana cada día adeptos que rinden homenaje a una integridad con que pocos gobiernos engalanaron su existencia. El gobierno comunista fue un poder de una moderación y de una probidad ejemplares.”*

*Lucien Descaves*

# I

El 4 de septiembre de 1970, es proclamada la República en el ayuntamiento, sin resistencia de parte de un gobierno que, como dice Charles Signobos, “no era más que un grupo de funcionarios superpuestos a la nación sin formar parte de ella, sin autoridad moral”. Así, el día de la crisis,

*el pueblo se aparta de aquellos que había aceptado por debilidad y, privado de su sostén natural, el ejército, la institución imperial se derrumbó casi por sí misma, como un castillo de naipes bajo el papirotazo de un niño<sup>i</sup>.*

Casi a diario, un año antes, en el Congreso de Basilea, al invitar a la Internacional a celebrar su congreso en París, los delegados parisienses dijeron el 5 de septiembre: “En un año, el Imperio habrá dejado de existir”.

La noche del 4 de septiembre, los delegados de la Cámara Federal de las Sociedades Obreras y los delegados de las secciones de la Internacional se reúnen en la Corderie du Temple para redactar un llamado al pueblo alemán, publicado al día siguiente en alemán y en francés:

*La Francia republicana te invita, en nombre de la justicia, a retirar tus ejércitos; si no, nos será preciso combatir hasta el último hombre y derramar ríos de tu sangre y de la nuestra. Te repetimos lo que declaramos a la Europa coligada en 1793: el pueblo francés no hace la paz con un enemigo que ocupa su territorio. Vuelve a cruzar el Rin. Desde las dos orillas del río disputado, Alemania y Francia, tendámonos la mano. Olvidemos los crímenes militares que los déspotas nos hicieron cometer unos contra otros... con nuestra alianza, fundemos los Estados Unidos de Europa.*

Y el 5 de septiembre, el Comité Central del Partido de la Democracia Socialista, conocido con el nombre de comité de Brunswick, publica un manifiesto que contiene frases como éstas:

*Es deber del pueblo alemán asegurar una*

*paz honorable con la República francesa... Corresponde a los trabajadores alemanes declarar que, en interés de Francia y Alemania, están decididos a no tolerar una injuria hecha al pueblo francés... Juramos combatir lealmente y trabajar con nuestros hermanos obreros de todos los países por la causa común del proletariado.*

Pero la guerra ha destrozado ya la Internacional. Las decepciones y los padecimientos de un largo asedio acabaron por agotar las energías y los recursos de los obreros parisienses. En vano, algunos militantes –Varlin, Theisz, el obrero joyero Léo Frankel, Avrial, Combault– se esfuerzan por reconstruir las secciones desorganizadas. En las sesiones<sup>ii</sup> que, de enero a marzo de 1871, celebra el Consejo Federal de la Internacional parisiense, aparece a menudo la confesión de su impotencia.

El 5 de enero, Varlin comprueba que, desde el 4 de septiembre, la Internacional carece de dinero: “las contribuciones de las secciones no se recuperan más”. El Consejo Federal quisiera un periódico “bien suyo, sólo suyo y cuya redacción estuviese en sus manos.” Léo Frankel señala que es triste ver “... que la Internacional, con todas sus secciones reunidas, no puede, en su totalidad, hallar bastante fuerza para crear un órgano general”.

El 12 de enero, Varlin declara que

*las corporaciones obreras no están en actividad... los broncistas están dispersos en las compañías de guerra, no pueden cotizar, no se les puede exigir, hay una razón de fuerza mayor... Los ebanistas están en dispersión...*

El 19 de enero, Varlin, que acaba de visitar los centros obreros, comprueba: “Cuando fui a provincias, vi centros enteros castrados por una miseria atroz.”

Esta miseria atroz de las poblaciones obreras y la desocupación provocada por la guerra explican la declinación de las

organizaciones obreras. En vano, en esa misma sesión del 19, critica Lacord la política de la Internacional:

*La Internacional comprendió mal su papel, los trabajadores debían adueñarse del poder el 4 de septiembre, hay que hacerlo hoy... Todo está desorganizado hoy y sin embargo... la Internacional ignora su fuerza real, que es grande: el público la cree rica y unida”.*

A lo que Rouelle objeta:

*Al criticar a la Internacional, se olvida que las secciones están arruinadas, que sus miembros están dispersos...*

Léo Frankel, en la sesión del 19 de febrero, reconoce que

*desde el 4 de septiembre, los acontecimientos dispersaron a la Internacional. Es urgente reconstruir las secciones para que vuelvan a encontrar la fuerza que les es indispensable. Tenemos una fuerza moral, si no en Francia, al menos en París; la fuerza material nos falta por carencia de organización... Nos hace falta una organización viril, secciones disciplinadas, con su propio reglamento, que participen en nuestros trabajos por medio de sus propios delegados... en estas condiciones, estaremos prontos y poderosamente constituidos el día de la acción, por imprevista que sea su llegada.*

Avrial observa que será difícil reconstruir la Internacional:

*La falta de trabajo ha creado la miseria, y nos hacen falta cotizaciones fielmente pagadas para publicar periódicos, folletos e ir a los centros de provincias.*

Pero Theisz propone emprender, sin embargo, esa reorganización:

*Las sociedades obreras se agrupan difícilmente hoy; las secciones de la Internacional se constituyen más fácilmente; las sociedades obreras están fatalmente consagradas a la lucha cotidiana del salario: sabemos lo ruda que es esta tarea, obscurida en mil detalles, absorbente.*

En la sesión del 26 de enero, Varlin anunció que los dos periódicos, en los cuales los militantes obreros podían exponer su punto de vista, *La Lutte à ou-*

*trance y La République des travailleurs*, no aparecerán más y agrega:

Al no tener periódico, podríamos reunirnos con algunos grupos republicanos para publicar un folleto que haga conocer la verdad sobre los hechos del 22 de enero. Frente a la capitulación, la Internacional cumplió con su deber.

El 28 de enero, J. Favre firma un armisticio con Bismarck después de cinco meses de sedio soportados valerosamente. El armisticio es, a los ojos de la población parisiense, una capitulación vergonzosa; algunos piensan en una traición. La Asamblea Nacional, reunida el 12 de febrero en Burdeos, es favorable a la concertación de la paz. Nombra a Thiers jefe del poder ejecutivo; éste firma, el 26 de febrero, los preliminares de la paz, que son ratificados el 1 de marzo por la Asamblea Nacional. Los preliminares conceden al ejército prusiano el derecho a entrar en París; cuerpos alemanes, a partir del 3 de marzo, deben ocupar ciertos barrios. Esas condiciones exasperan a la población parisiense.

La rebelión crece en el corazón de aquellos que, en la fiebre de la defensa, concibieron ilusiones. Las clases medias y obreras sufren por la paralización de los negocios y del trabajo que les priva de sus recursos cotidianos: pequeños comerciantes arruinados por la suspensión de las transacciones comerciales, pequeños rentistas para los cuales se plantea la cuestión de los alquileres, artesanos y obreros de todas las profesiones reducidos a la miseria, de los cuales muchos deben contentarse con 1,50 fr. por día, concedidos a los guardias nacionales solamente.

Los historiadores reconocen que la causa primera del movimiento fue este estado de ánimo de la población: decepción y rebelión. Hasta el 15 de marzo, París está indignado por la capitulación y la actitud del gobierno de Thiers y de la Asamblea Nacional. Ante la comisión de

investigación, Jules Ferry insiste en “*la cólera extraordinaria que siguió a la decepción final*”:

*Entre las causas secundarias y determinantes de la insurrección<sup>iii</sup> pondré, ante todo, un estado moral de la población parisiense que calificaría de buena gana así: la locura del asedio... Cinco meses de esa existencia nueva, con el trabajo interrumpido, con todos los espíritus vueltos hacia la guerra y esa lucha de cinco meses que condujo a una inmensa decepción a una población entera que cayó desde la cima de las ilusiones más grandes que se hayan concebido jamás...*

Y Jules Ferry insiste también en

*esa voluntad expresada por los prusianos de entrar en París y de ocupar uno de sus barrios. Considero que ése es un elemento de extraordinaria importancia y que decidió la violencia de la crisis y la forma particular que revistió.*

Desde el 15, se piensa en federar los batallones de los guardias nacionales y se nombra una comisión compuesta de hombres desconocidos, que no se mezclaron en la política, para redactar los estatutos de la nueva organización. Esos estatutos prevén la creación de un comité central formado por delegados de las compañías y de los comandantes elegidos. La Asamblea general, que se reúne el 24 de febrero para aprobarlos, se compromete

*A la primera señal de entrada del ejército prusiano en París, a ir inmediatamente en armas al lugar de la reunión y a proceder luego contra el enemigo invasor.*

Los días siguientes hubo manifestaciones callejeras.

El 27 de febrero, los batallones de la guardia nacional vuelven a tomar los 227 cañones y ametralladoras pagados por París y que habían sido encerrados en los parques de Passy y de la plaza Wagram. Del 1 al 3 de marzo, 30.000 hombres del ejército alemán entran en París. El Comité Central, que no existe todavía más que de hecho, impide, con su inter-

vención moderadora, que se produzca la resistencia preconizada por la asamblea del 24. El 3 y el 4 de marzo, se aprueban los estatutos; una comisión ejecutiva establece la misión que debe tener el Comité Central:

*Su deber es velar sobre la ciudad, velar sobre las calamidades que le preparan en las sombras los partidarios de los príncipes, los generales de los golpes de estado, los ambiciosos ávidos y desvergonzados de toda especie.*

El Comité tiene su asiento en la plaza de la Corderie du Temple, en el local que ocupan el Consejo Federal de la Internacional parisiense y la Federación de las Cámaras Sindicales. Pero los internacionalistas parisienses, al comienzo, muestran alguna reserva con respecto al Comité Central, vacilan en mezclarse en su acción. El Consejo Federal se reúne el 1 de marzo; Varlin prevé los acontecimientos que van a desencadenarse, no quiere que la Internacional quede al margen de ellos. Pide que los internacionalistas hagan lo posible para hacerse nombrar delegados en su compañía y para concurrir al Comité Central. Varlin agrega:

*No vayamos allí como internacionalistas, sino como guardias nacionales, y trabajemos por apoderarnos del espíritu de esa asamblea.*

Pero Frankel y Pindy ven en ello el riesgo de comprometer a la Internacional.

El Consejo Federal de la Internacional está, pues, vacilante. Si decide delegar una comisión de cuatro miembros ante el Comité Central de la Guardia Nacional, establece que su acción será puramente individual. Sólo Varlin, entre los internacionalistas, es miembro del Comité Central. Pero, en la sesión de la noche del 23-24 de marzo, el Consejo Federal decidió manifestar su simpatía.

El 10 de marzo, nueva injuria a París: la Asamblea declara que no sesionará en París. Thiers se instala en el Quai d'Or-

say.

El 13 de marzo, 215 batallones se constituyeron en federaciones, con un Comité Central de 26 miembros.

El 18 de marzo, Thiers da orden a las tropas regulares de ocupar la Buttes-Chaumont, Belleville, el Temple, la Bastilla, el Ayuntamiento, Montmartre, el Luxemburgo, los Inválidos. Las tropas recibieron orden de volver a tomar los cañones; la Guardia Nacional reacciona con energía. Estando dispersos los miembros del Comité Central, son los grupos locales, es la muchedumbre, la que obra espontáneamente. Y, sin orden suya, son muertos los generales Lecomte y Clément Thomas.

Thiers da orden de evacuar París, de evacuar los fuertes del sur, entregados por los alemanes, e inclusive de evacuar el Mont-Valérien. En la tarde del 18, Jules Ferry, alcalde de París, protesta contra la orden de replegarse a Versalles, dada a las tropas; a las 7:40 de la tarde, envía un despacho al jefe del ejecutivo:

*¿Vamos a entregar los archivos del Ayuntamiento? Exijo una orden positiva para cometer tal deserción y un acto semejante de locura.*

Thiers le remite la orden positiva que pide.

Thiers parte. Cuando los alcaldes de París insisten en hacer aceptar al gobierno un compromiso, las elecciones municipales inmediatas y el mantenimiento de la Guardia Nacional, Jules Favre les responde: "No trato con asesinos". Él obedece las intenciones del jefe del gobierno. Thiers quiere su batalla de París.

Los hombres más opuestos en ideas, y entre ellos los realistas, como el conde d'Hérison, oficial de enlace de Trochu<sup>iv</sup>, están de acuerdo en pensar que, al dar a sus ministros la orden de huir de París, Thiers previó, quiso, la insurrección comunalista. Armand Dayot<sup>v</sup> estima que las negociaciones, con respecto a los ca-

ñones, debían culminar felizmente en algunos días. "La incalificable agresión del 18 de marzo puso fin a todas las conversaciones." Apelar a la fuerza en lugar de la persuasión era, en el estado de sobreexcitación de los espíritus, provocar una oposición a mano armada.

Al abandonar París, Thiers tiene la intención de dejar que crezca el movimiento revolucionario. En abril de 1834, ¿no había suscitado, por medio de agentes provocadores, la sublevación en París, en el momento mismo en que era aplastada en Lyon?

*Era, por otra parte, consecuente consigo mismo, dice Paul Cambon<sup>vi</sup>, se lo oí contar, y lo repitió varias veces, que el 24 de febrero de 1848 había aconsejado al rey Luis Felipe abandonar la capital con el ejército, rehacer sus tropas y volver por la fuerza. No había que asombrarse de que, en una situación peor que la de 1848, no vacilase en evacuar París.*

Thiers prefiere provocar a París con una actitud que oculta mal su voluntad firme de suscitar la violencia. ¿Qué otra intención se puede atribuir a palabras como éstas: "París nos dio el derecho de preferir Francia a la capital"? De parte de un hombre fecundo en argucias y de un político tan hábil, ¿se puede hablar de equivocación? ¿No hay que reconocer que la situación revolucionaria que siguió al 18 de marzo fue creada, deseada por él?

La psicología de Thiers, su pasado, testimonian acerca de sus intenciones secretas del 18 de marzo; obedece a la tradición que siguió siempre en el poder: provocar el levantamiento a fin de por-derlo reprimir salvajemente.

Cuatro veces repitió Thiers la misma táctica: en 1834, promovió el levantamiento de abril en París; en 1840, como presidente del Consejo, trato de descalificar las huelgas corporativas a fin de distraer la opinión pública francesa irritada por el fracaso diplomático que sus

negociaciones secretas hicieron sufrir a Francia; en 1848, su influencia sobre la Asamblea estimuló y llevó al combate “a los que querían acabar” con la República de febrero; y el brusco despido de 110.000 obreros de los Talleres Nacionales permitió dar una lección a *esa vil muchedumbre...*

En 1871, Thiers, que se cree un gran militar, encuentra al fin la ocasión para dirigir una campaña contra civiles, es verdad, y librar batalla contra franceses.

Lissagaray resume así el 18 de marzo:

*¿Qué es el 18 de marzo, si no la respuesta instintiva de un pueblo abofeteado? ¿Donde hay rastros de complot, de secta, de agitadores? ¿Qué otro pensamiento que iviva la República!? ¿Qué otra preocupación que erigir una municipalidad republicana contra la asamblea realista? El reconocimiento de la República, el voto*

*de una buena ley municipal lo hubiesen pacificado todo.”*

Esta definición de un comunero refleja el estado de ánimo de los parisienses que no lo eran. El autor de las *Rêveries d'un païen mystique*, Louis Ménard, escribe a un amigo:

*A pesar mío, me inclino hacia los pobres, hacia los vencidos, los insurrectos, soy ante todo republicano, y creo que se está en vías de matar a la pobre República.*

La Comuna quiso defender la República que creía en peligro. Fue el acontecimiento que impidió

*el escamoteo de la República que preparaban los príncipes de Orleans y su encargado de negocios, el señor Thiers.*

Jules Vallès tiene derecho a escribir en *L'Insurgé*:

Hemos afianzado la República con nuestros fusiles de insurrectos.

## II

El 19 de marzo por la mañana, en ausencia de un gobierno que huyó a Versalles, el Comité Central se encuentra solo en París.

Los hombres oscuros que lo componen son sorprendidos por el acontecimiento; pero aceptan sencillamente la responsabilidad que eso les impone. Jules Vallès nos los describe en la mañana del 19:

*No conozco a ninguno. Se me dice sus nombres, que no oí nunca. Son delegados de los batallones, populares solamente en sus barrios. Tuvieron sus éxitos de hombres de palabra y de hombres de acción en las asambleas, con frecuencia tumultuosas, de las que salió la organización federal... No son todavía más que seis o siete, en este momento, en esa gran sala en que el Imperio, en uniforme dorado y en traje de gala, danzaba no hace mucho tiempo. Hoy, una media docena de mozos de grandes zapatos, con un quepis de filetes de lana, sin charreteras, sin cordones; bajo este cielo raso adornado con flores de lis, son el gobierno.<sup>vii</sup>*

El primer acto del Comité Central es devolver al pueblo de París la elección de la Comuna:

*Nos habéis encargado organizar la defensa de París y de vuestros derechos: tenemos consciencia de haber cumplido esa misión; ayudados por vuestro valor generoso, expulsamos a ese gobierno que nos traicionaba. En este momento, nuestro mandato ha expirado y os lo devolvemos, porque no pretendemos tomar el puesto de aquéllos a quienes el soplo popular acaba de derribar.*

El 21, el Comité Central declara que

*París no tiene de ningún modo la intención de separarse de Francia; lejos de eso. Soportó el Imperio por ella, el gobierno de la defensa nacional, todas sus traiciones y todas sus cobardías. No es ciertamente para abandonarla hoy, sino solamente para decirle, en calidad de hermana mayor: “Sosténte a ti misma, como yo me sostuve; oponte a la opresión como yo me opuse”.*

El mismo día, el Comité Central suspende la venta de objetos empeñados en

el Monte de Piedad, prorroga por un mes los vencimientos, impide a los propietarios desalojar a los locatarios hasta nueva orden.

Al mismo tiempo que fija las elecciones comunales para el 26 de marzo, el Comité Central toma las medidas provisionales para asegurar los servicios abandonados por sus titulares.

Salvo Varlin, miembro del Comité Central, los internacionalistas parisienses mantuvieron hasta allí una gran reserva. El 23 de marzo, se efectuó una reunión mixta de la Internacional parisiense y de la Cámara Federal de las Sociedades Obreras: Frankel reclama la redacción de un manifiesto que debe, dice, “reforzar el Comité Central con toda nuestra fuerza moral”.

Es nombrada una comisión formada por Frankel, Theisz y Demay y, en la sesión de la noche del 23-24 de marzo, a la que asiste Émile Aubry, el manifiesto es adoptado a la vez por los delegados de la Cámara Federal de las Sociedades Obreras y por los delegados de las secciones parisienses de la Internacional.

En el curso de la discusión, Émile Aubry advierte que los diarios de toda Francia citan a la Internacional como habiendo tomado el poder: “Yo creo que se coordinaría el movimiento invitando al Comité Central a adherirse a la Internacional”.

Los internacionalistas se deciden a obrar, para deslindar la responsabilidad de la Internacional parisiense en los acontecimientos que acaban de producirse. Comprometen su responsabilidad personal:

*Trabajadores:*

*Una larga sucesión de reveses, una catástrofe que parece que va a llevar a la ruina completa a nuestro país, tal es el balance de la situación creada en Francia por los gobiernos que le han dado...*

*¿Hemos perdido las cualidades necesarias para volvernos a levantar de esta humillación?*

*Los últimos acontecimientos demostraron la fuerza del pueblo de París; estamos convencidos de que un entendimiento fraternal demostrará bien pronto su prudencia.*

*El principio de autoridad es en lo sucesivo impotente para restablecer el orden en la calle, para hacer renacer el trabajo en el taller, y esta impotencia es su negación.*

*La división de los intereses creó la ruina general, engendró la guerra social. Es a la libertad, a la igualdad, a la solidaridad a las que hay que pedir que aseguren el orden sobre nuevas bases, que reorganicen el trabajo que es su condición primera.*

*Trabajadores:*

*La revolución comunal afirma sus principios, suprime toda causa de conflicto en el porvenir. ¿Vacilaréis en darle vuestra sanción definitiva?*

*La independencia de la Comuna es la garantía de un contrato, cuyas cláusulas libremente debatidas, harán cesar el antagonismo de las clases y asegurarán la igualdad social.*

*Hemos reivindicado la emancipación de los trabajadores y la delegación comunal es la garantía, porque debe proporcionar a cada ciudadano los medios para defender sus derechos, controlar de una manera eficaz los actos de sus mandatarios encargados de la gestión de sus intereses y determinar la aplicación progresiva de las reformas sociales.*

*La autonomía de cada comuna priva de todo carácter opresivo a sus reivindicaciones y afirma la República en su más alta expresión.*

*Hemos combatido, hemos aprendido a sufrir por nuestro principio igualitario, no podríamos retroceder cuando podemos ayudar a colocar la primera piedra del edificio social.*

*¿Qué hemos pedido? La organización del crédito, del cambio, de la asociación, a fin de asegurar al trabajador el valor integral de su trabajo.*

*La instrucción gratuita, laica e integral.*

*El derecho de reunión y asociación, la libertad absoluta de la prensa y la del ciudadano.*

*La organización desde el punto de vista municipal de los servicios de policía, de la fuerza armada, de la higiene, de la estadística, etc...*

*Hemos sido juguetes de nuestros gobernantes, nos hemos dejado incorporar a su juego, cuando acariciaban sucesivamente a todas las facciones cuyos antagonismos aseguraban su existencia.*

*Hoy, el pueblo de París es clarividente, rehúsa ese papel de niño dirigido por el preceptor y, en las elecciones municipales, producto de un movimiento del que él mismo es autor, recordó que el principio que preside la organización de un grupo, de una asociación, es el mismo que debe regir la sociedad entera, y, como rechazó todo administrador, presidente impuesto por un poder fuera de su seno, rechazará todo alcalde, todo prefecto impuesto por un gobierno extraño a sus aspiraciones.*

Un entendimiento fraternal demostrará la sabiduría de París... el principio de autoridad es en lo sucesivo impotente... El trabajo es la condición primera del orden... la independencia de la Comuna es la garantía de un contrato cuyas cláusulas, libremente debatidas, harán cesar el antagonismo de las clases y asegurarán la igualdad social... La delegación comunal es la garantía de la emancipación de los trabajadores... la garantía para el trabajador del valor integral de su trabajo... La organización del crédito, del cambio, de la instrucción.

Tales eran los principios que desarrollaba el manifiesto. Los internacionalistas tratan de dar al movimiento comunalista un programa, líneas directrices. La Internacional parisiense no estuvo en modo alguno en el origen del movimiento; temió inclusive comprometerse en él; pero el 23 de marzo los internacionalistas intentan inclinarlo en el sentido de sus creencias. En la medida en que el tumulto de las circunstancias se lo permite, quieren colorear con un tinte más preciso y claramente socialista los matices bastante inseguros del arco iris que creó la diversidad de las tendencias entre los hombres de la Comuna.

¿En qué medida podrán los internacionalistas parisienses influir sobre la actitud y los destinos de la Comuna? ¿Qué papel desempeñaron aquellos de sus elegidos el 26 de marzo? Convertidos en administradores, ¿tuvieron tiempo de aplicar el programa que esbozaron en el manifiesto del 23-24 de marzo? ¿La Comuna fue, como afirma Marx, “todo un gobierno de la clase obrera, la forma política hallada al fin, bajo la cual era posible realizar la emancipación del trabajo”?

La derrota de la Comuna ¿fue en realidad, como dijo Benoît Malon, “la tercera derrota del proletariado francés”?

### III

Las elecciones se efectuaron el 26 de marzo, en una atmósfera de primavera parisiense:

*Este sol tibio y claro que dora la boca de los cañones, este olor de ramilletes de flores, el ondear de las banderas, el murmullo de esta revolución que pasa, tranquila y hermosa, como un río azul; esos estremecimientos, esos resplandores, esas fanfarrias de cobre, esos reflejos de bronce, esas llamaradas de esperanza, ese perfume de honor, hay con qué embriagarse de orgullo y de alegría<sup>viii</sup>...*

*Este París que, al adoptar la palabra*

*misma de Comuna, vinculaba a la vez por instinto su patriotismo dolorido y su esperanza en una ciudad justa. (Georges Duveau)*

El escrutinio de las elecciones del 26 de marzo da, el 28, los resultados siguientes:<sup>ix</sup>

Sobre 80 miembros nombrados, hay 25 obreros. Los internacionalistas parisienses no son más que una minoría de un tercio a lo sumo, si se tiene en cuenta que un cierto número de los elegidos del 26 de marzo no quisieron ocupar su

puesto. Entre los internacionalistas elegidos se encuentran aquellos que organizaron sólidamente el movimiento obrero entre 1868 y 1870: Valin, Theisz, Avrial, Assi, Langevin, Champy, Duval, Chalain, Camélinat, E. Gérardin, A. Arnaud, A. Clémence, Demay, Descamps, C. Dupont, J. Durand<sup>x</sup>; por sus tendencias, se aproximan a ellos Beslay, Jourde, Vaillant, J. Vallès, Vermorel, Lefrançais, Charles Longuet, Courbet y Eugène Pottier. Serán “los moderados de ese extraño gobierno”. Frente a ellos, una mayoría compuesta de hombres de tendencias muy diversas, de blanquistas puros y blanquistas disidentes, de oradores y periodistas radicales, de elegidos por los clubes rojos, y otros individualistas de tendencias barrocas o indefinibles.

Sólo los miembros de la Internacional y de las sociedades obreras parisienses tienen una doctrina económica y social definida. Valerosos, honrados y realizadores, inmediatamente aceptan el cargo de los servicios que dejó desorganizados la fuga de los ministros y de una parte del alto personal; cada uno de ellos, al cumplirlos a conciencia, se vio pronto absorbido por esa tarea. Su carácter les lleva a entregarse por completo, porque saben la importancia que tiene. Sin su gestión recta, la Comuna no habría podido hacer tanto tiempo frente a los ataques con que Thiers, desde el comienzo de abril, hostigará París.

Thiers vació París de todos sus órganos administrativos. Los militantes obreros comprenden que la tarea inmediata que se les impone es hacer funcionar normalmente los servicios de una administración desmantelada. Y se ponen animosamente a la tarea: Varlin y Jourde en las finanzas, Theisz en correos, Avrial en la dirección del material de armamento. Camélinat en la moneda, Combault y Faillet en el servicio de las contribuciones directas e indirectas, Alavoine en la Imprenta Nacional, Léo Frankel, en la

comisión del intercambio y del trabajo. Varlin, igual a sí mismo, hace frente a tareas múltiples: se le encuentra en los consejos de la Comuna tal como estuvo en las luchas del fin del Imperio:

*infatigable, modesto, hablando muy poco, siempre en el momento justo y esclareciendo entonces con una palabra, la discusión confusa<sup>xi</sup>.*

Desde el 19 de marzo, Varlin es encargado, con Jourde, de las finanzas. Cuando llegan al ministerio, se encuentran en presencia del jefe de la oficina del ordenamiento de pagos y del material, único representante del estado y del personal. 300.000 personas sin trabajo, sin recursos, esperan los 1,50 francos cotidianos de que viven desde hace siete meses. En el ministerio de finanzas, hay 4.600.000 francos en las cajas. Los delegados piden a Rothschild la apertura de un crédito de 500.000. La Banca de Francia pone un millón a disposición de Varlin y de Jourde. A las 10 de la noche, la paga de los soldados es distribuida en todos los distritos.

Varlin pasa de las finanzas a los abastecimientos, de los abastecimientos a la intendencia: en todas partes su presencia asegura el orden y la disciplina del trabajo. Su autoridad se basa en la simpatía y la sencillez.

Gracias a él, a Jourde y a los otros internacionalistas, la máquina administrativa de París puede funcionar con 10.000 empleados, cuando antes exigía 60.000. Varlin tiene la vista en todo, no soporta ningún derroche. Dejó las finanzas en manos de alguien de quien está seguro: Jourde. Ese joven contador reveló una destreza extrema; muy fino, entusiasta, conquistó la amistad de Varlin: pone una serenidad tranquila y un autodomínio que concuerdan con la virtud simple y estoica de Varlin. Jourde conservará esas cualidades de autodomínio hasta en las jornadas tumultuosas y desordenadas duantes las cuales París y la Comuna

se debaten contra el ejército de Versalles.

Jourde hizo frente a una pesada tarea: puso en ella su lucidez tranquila de “buen contador” (G. Bourgin). Es preciso cada mañana alimentar a 300.000 personas. Sobre 600.000 obreros que trabajaban con un patrón, solamente 114.000 están ocupados, de ellos 62.500 mujeres<sup>xii</sup>. Es preciso también alimentar los diversos servicios. Versalles dejó en las cajas 4.658.000 francos. Jourde quiere conservar intactos los 214 millones de títulos hallados en el ministerio de hacienda.

Jourde tiene, pues, por todo recurso, los ingresos de las administraciones: correos, telégrafos, contribuciones directas e indirectas, concesiones, aduanas, depósitos y mercados, tabacos, registro y timbres, caja municipal, ferrocarriles.

Del Banco de Francia, el gobierno comunalista recibe 9.400.000 francos pertenecientes a la ciudad y un anticipo de 7.292.000 francos. Los gastos del 20 de marzo al 30 de abril suman 26 millones. Durante las tres semanas de mayo, los gastos se elevan a 20 millones. En las nueve semanas de su existencia, la Comuna gastó 46 millones de francos, de los cuales 16.694.000 fueron proporcionados por el Banco de Francia y el resto por los diversos servicios. Y durante ese período, el Banco de Francia aceptó cerca de 260 millones de letras giradas sobre él por el gobierno de Versalles para combatir a París.

En correos, Theisz, el organizador de la Cámara Federal de las Sociedades Obreras, encontró el servicio desorganizado, las oficinas divisionarias cerradas, los sellos ocultos o desaparecidos, el material (sellos, coches) sustraídos, la caja vacía. Indicaciones fijadas en las salas y en los patios ordenan a los empleados trasladarse a Versalles bajo pena de despido. Gracias a la ayuda de algunos em-

pleados socialistas, Theisz reorganiza, en cuarenta y ocho horas, la recepción y distribución de las cartas para París<sup>xiii</sup>.

Estos esfuerzos son la condición de existencia de la Comuna, prueban la energía, el valor organizador de los militantes obreros; pero éstos son absorbidos por sus funciones de administradores. Correspondió a uno de los miembros de la Internacional parisiense, Léo Frankel, de origen húngaro, ocupar el único puesto que permitía hacer obra socialista: la comisión del intercambio y del trabajo. Esa comisión tenía un vasto programa:

*El estudio de todas las reformas por introducir en las relaciones de los trabajadores –hombres y mujeres– con sus patronos, la revisión del código de comercio, las tarifas aduaneras, la transformación de todos los impuestos directos e indirectos, el establecimiento de una estadística del trabajo.*

Una comisión de iniciativa, compuesta por trabajadores, ayuda a Léo Frankel.

Léo Frankel, el 29 de marzo, en la reunión del Consejo Federal de la Internacional parisiense, declaró: “Queremos fundar el derecho de los trabajadores y ese derecho no se establece más que por la fuerza moral.” Miembro de la comisión del intercambio y del trabajo, después delegado único, desde el 20 de abril, se esfuerza por aplicar las ideas socialistas de la Internacional parisiense y las medidas que tomará se inspiran en las ideas que dominaron al movimiento obrero desde 1866: autonomía obrera y sindicalista.

El decreto de 16 de abril trata de remediar las consecuencias de los talleres abandonados por los que los dirigían; a causa de las deserciones en muchos trabajos esenciales en la vida comunal, Léo Frankel se dirige, naturalmente, a las cámaras sindicales obreras: les hace realizar la estadística de los talleres abandonados y el inventario de los instrumen-

tos de trabajo; la comisión obrera de investigación deberá también hacer proposiciones prácticas con miras a poner esos talleres abandonados en funcionamiento por la constitución de sociedades cooperativas obreras. Un jurado arbitral decidirá la indemnización que se pagará a los patrones a su regreso.

Las cámaras sindicales tienen un local a su disposición en el ministerio de trabajos públicos; pero la comisión de investigación no pudo realizar más que dos sesiones, el 10 y el 18 de mayo.

Léo Frankel vuelve a la tradición de 1848 como uno de los precursores de la legislación moderna del trabajo.

En su sesión del 19 de enero, el Consejo Federal discutió la cuestión del trabajo nocturno de los panaderos.

*El trabajo nocturno, había dicho el panadero Tabouret, nos separa de la sociedad y de la familia; durmiendo durante el día, vivimos como separados del mundo...*

Léo Frankel obtuvo, el 20 de abril, la prohibición del trabajo nocturno de los panaderos bajo pena de confiscación de los panes de los patrones contraventores.

Los mercados de la intendencia eran causa de reducciones injustificadas de los salarios y las reducciones que pesaban sobre la mano de obra eran la consecuencia del sometimiento al precio que fijaban los empresarios. La comisión pide que los pliegos de condiciones indiquen el precio de la mano de obra, que esos mercados sean confiados con preferencia a las corporaciones obreras y que los precios se fijen por un acuerdo entre la intendencia, la Cámara Sindical Obrera y el delegado del trabajo.

Por iniciativa de Léo Frankel, la Comuna nombra en mayo una comisión superior de contabilidad, encargada de verificar las cuentas de sus diversas delegaciones.

Léo Frankel organiza registros de informaciones en los distritos, para las ofertas y demandas de trabajo, y prepara el proyecto de liquidación del Monte de Piedad.

El 27 de abril, un decreto impide las multas y retenciones sobre sueldos y salarios en las administraciones públicas y privadas y restituye las que se hubiesen hecho desde el 18 de marzo.

En la sesión del 12 de mayo, Léo Frankel comprueba que los precios de adjudicación de provisiones militares tuvieron por consecuencia una reducción de los salarios. A propuesta de Jourde, la Comisión del Intercambio y del Trabajo es autorizada a revisar los negocios concertados y, para el futuro, a dar preferencia a las asociaciones obreras. En lo sucesivo, los pliegos de condiciones deben establecerse por acuerdo de la intendencia, de las cámaras sindicales y del delegado de la comisión del trabajo, y deben imponer a los empresarios un salario mínimo por jornada o por pieza.

Ya el 3 de abril, Avrial, director del material de artillería, aprobó el reglamento de los obreros de los talleres del Louvre, que fijaba la jornada de trabajo en 10 horas.

El movimiento de las sociedades obreras, disminuyó desde julio de 1870, reanuda su actividad durante la Comuna. La Comisión del Intercambio y del Trabajo comprueba la existencia de 34 cámaras sindicales, 43 asociaciones de producción, 4 grupos de la Marmite, 7 sociedades de alimentación. Los fundidores de hierro y los fabricantes de estearina forman una cámara sindical y una asociación cooperativa. La Comisión del Intercambio y del Trabajo confía a Elisabeth Dimitrief la organización del trabajo de las mujeres en París y las obreras se reúnen para nombrar sus delegadas, a fin de crear cámaras sindicales vinculadas por una cámara federal.

En la introducción de 1891 a *La Commune de Paris*, Engels dice que los miembros de la Comuna se dividen en una mayoría de blanquistas y una minoría de proudhonianos, miembros de la Asociación Internacional de Trabajadores.

*La responsabilidad de todos los decretos, buenos o malos, corresponde a los proudhonianos, como la responsabilidad de los actos políticos a los blanquistas.*

Pero Engels comete aquí un error, porque la gran mayoría de los internacionalistas, desde 1868, eran comunistas no autoritarios y no mutualistas.

En *La Commune de Paris*<sup>xiv</sup>, Karl Marx, que fue tan duro para con esos “asnos proudhonianos infatuados”, quiso ser más justo para los comunales, cuya obra juzga con simpatía. Y, una vez más, Karl Marx se encuentra con su viejo adversario, Mijaíl Bakunin. Uno y otro ven en la Comuna una “negación audaz, muy acentuada del estado”<sup>xv</sup>.

La Comuna, episodio trágico de la historia de Francia, es un acontecimiento histórico que señala la ruptura entre dos épocas.

El Consejo de la Comuna fue una asamblea compuesta de hombres opuestos por su temperamento. Los más puros fueron los obreros socialistas que inten-

taron la tarea difícil de ser honestos administradores y tratar de aplicar, aunque fuera de modo parcial, sus principios. Su obra fragmentaria es importante.

La Comuna fue grande por el ímpetu de sus primeras horas. La represión despiadada de que fue objeto, tanto como su breve y brillante historia, crearon una mística.

La Comuna de París, en la tradición del socialismo revolucionario, aparece con un papel prefigurativo. Los revolucionarios subrayaron a menudo su papel. Y, entre ellos, Lenin.

*La comuna, dice, debió ante todo pensar en defenderse... [Y, sin embargo, pese a esa necesidad y en los pocos días que le fueron acordados, los comunales esbozan toda una organización]. En resumen, a pesar de las condiciones tan desfavorables, a pesar de la brevedad de su existencia, la Comuna logra adoptar algunas medidas que caracterizan suficientemente su sentido verdadero y sus objetivos... El recuerdo de los combatientes de la Comuna no sólo es venerado por los obreros franceses, sino por el proletariado de todos los países... El cuadro de su vida y de su muerte... el espectáculo de la lucha heroica del proletariado y de sus sufrimientos después de la derrota, todo eso, elevó la moral de millones de obreros, despertó sus esperanzas y ganó simpatías al socialismo... He ahí por qué la obra de la Comuna no ha muerto: vive todavía en cada uno de nosotros*<sup>xvi</sup>.

## IV

El 26 de marzo, la revolución era, según la palabra de Jules Vallès, “tranquila y bella como un río azul”, pero Thiers va a colorearla.

Instalados en Versalles el gobierno y la Asamblea, era posible encontrar una base de negociaciones, un compromiso. Se habría podido apaciguar el conflicto gracias a la revisión de la ley municipal, concediendo a París la independencia municipal y a la Comuna la seguridad de que sus militantes quedarían a salvo.

Durante las semanas de abril y mayo, se ofrecen negociadores que se esfuerzan por persuadir al gobierno de Versalles para que se preste a ese compromiso. La Comuna acoge esos ofrecimientos con buena voluntad; es conciliadora, a pesar de la salvaje brutalidad con que son tratados (desde los primeros combates) los federados prisioneros.

El 5 de abril de 1871, Barrère, el futuro embajador de Francia en Roma, escribe a los miembros de la Comuna:

*Llego de Versalles, todavía enteramente conmovido e indignado por las cosas horribles que he visto con mis propios ojos. Los prisioneros son recibidos en Versalles, de una manera atroz. Son golpeados sin piedad. Los vi ensangrentados, con orejas arrancadas, con el rostro y el cuello destrozados como por garras de bestias feroces. Un tribunal prebostal funciona ante los ojos del gobierno. Es decir, que la muerte siega a nuestros conciudadanos hechos prisioneros. Los sótanos en donde se les arroja son cuchitriles horrosos, confiados a los cuidados de los gendarmes.*

Los alcaldes y los diputados de Francia envían una delegación a Versalles para tratar de disipar el malentendido y proponer elecciones municipales inmediatas. Jules Favre les responde:

*¿Los generales han sido asesinados? Entonces, señores, ¿qué venís a hacer aquí? ¿Traéis proposiciones, decís? No se discute con asesinos.*

Jules Favre es el portavoz de Thiers.

Las cámaras sindicales tratan de impedir el choque definiendo en una declaración el carácter de la Comuna:

*París hizo una revolución tan aceptable como muchas otras; y, para muchos espíritus, es la más grande que se haya hecho jamás; es la afirmación de la República y la voluntad de defenderla.<sup>xviii</sup>*

Pero estas palabras no pueden conmover a Thiers. Como no ha elegido aún entre la realeza y la República, reservándose tomar el partido más favorable a su ambición, no tiene todavía más que una voluntad: poner la Comuna a sus pies.

Thiers trata primero de aislar París y comprometerlo a los ojos de las provincias:

*En París, telegrafía Thiers, la Comuna ya dividida, mientras trata de sembrar en todas partes falsas noticias y saquea las cajas públicas, se agita impotente y los parisienses, horrorizados, esperan con impaciencia el momento de su liberación... Los internacionalistas vacían las principales casas para ponerlas en venta.*

Ahora bien, Thiers miente a conciencia, porque sabe que la Comuna no tocó el Banco de Francia:

*Todas las insurrecciones comenzaron por confiscar la caja, la Comuna es la única que rehusó hacerlo, dice Lissagaray, y hay que agregar: todas las insurrecciones, cualesquiera que fuesen sus colores.*

El 2 de abril, Thiers anuncia oficialmente que acaba de organizar uno de los ejércitos más hermosos que haya poseído jamás Francia:

*Los buenos ciudadanos pueden estar seguros y esperar el fin de la lucha, que será dolorosa, pero breve.*

El 4 de abril, *Le Temps* sugiere la idea de un compromiso realizado por la dimisión simultánea de la Asamblea y de la Comuna.

El 6, la Unión Nacional de las Cámaras Sindicales, en representación de 7.000 comerciantes e industriales de París, se decide a intervenir. Mientras que un grupo de diputados, Corbon, Laurent, Pichat, Floquet, Lockroy y Clemenceau forman la Unión Republicana para defender los derechos de París. A su lado, los masones de París envían, el 11 de abril, delegados a Versalles. Los unos y los otros tropiezan con una negativa sistemática. El 21 de abril, los masones van a ver a Thiers y le plantean esta cuestión: “Pero, al fin, ¿usted está resuelto a sacrificar París?” Thiers, con desenvoltura, les responde: “Habrá algunas casas agujereadas, algunas personas muertas, pero la ley quedará en vigor.”

El 22 de abril, la Unión Nacional de las Cámaras Sindicales, la Liga de los Derechos de París y la masonería deciden unir sus esfuerzos; paralelamente, los delegados de las ciudades anuncian su intención de reunirse en Burdeos. Pero, en presencia de la actitud de las municipalidades provinciales, el 23, el ministro de justicia, Dufaure, espera impedir el movimiento por una circular a los procuradores generales, dándoles orden

de perseguir a los “apóstoles de una conciliación que ponen en la misma línea la Asamblea surgida del sufragio universal y la pretendida Comuna de París”. Sin embargo, el 30 de abril, la Alianza Republicana de los Departamentos trata de apoyar la obra de conciliación.

Thiers rechaza las proposiciones de la Liga de los Derechos de París; hace detener, el 13, a los delegados de la Liga que se dirigen a Burdeos, impide la reunión de Lyon, a la que dieciséis departamentos enviaron delegados.

Finalmente, el 20 de mayo, Thiers se las arregla para hacer recibir por Barthélemy Saint-Hilaire a los delegados de la Unión Nacional, y les hace responder que no está visible el domingo; el lunes partió ya para París: “Los apóstoles de la conciliación no merecen más que una negativa”.

Desde las primeras hostilidades, desde el 2 de abril, las tropas versallesas fusilan a los federados hechos prisioneros. La Comuna se conmueve y, el 5 de abril, publica un decreto por el cual espera proteger a los soldados federados “contra los que desconocían las condiciones habituales de la guerra entre los pueblos civilizados”.

Los arrestos hechos a consecuencia de este decreto tienen por efecto, si no detener las crueldades excesivas sufridas por los federados prisioneros, al menos las ejecuciones sumarias. Los rehenes quedan detenidos en Mazas y en la Roquette durante toda la Comuna, hasta el 24 de mayo. Durante esas seis semanas, París ofrece a Thiers cambiar todos los prisio-

neros por Blanqui.

En las notas confiadas por él a Edmond de Pressensé<sup>xviii</sup>, maître Rousse, defensor de los rehenes, cuenta que vio en abril a Raoul Rigault, que le hizo esta confidencia: “Puesto que estamos solos, le diré que hemos comenzado negociaciones con Versalles para un cambio de prisioneros y espero que lo logremos”.

El cambio de los rehenes, tal es la intención constante de la Comuna, que emplea todos los caminos para llegar a él. El arzobispo de París escribe una carta a Thiers y le habla del cambio de rehenes: éste no responde. Flotte habla a Thiers del cambio y, para decidirlo, insiste en el peligro que puede correr el arzobispo. Thiers sigue silencioso. Se decide entonces enviar a Versalles al vicario general Lagarde; éste remite a Thiers una carta en la que el arzobispo le pide que consienta en el cambio... Thiers responde, no a esta segunda carta, sino a la primera:

*Los hechos, sobre los cuales llama mi atención, son absolutamente falsos y estoy verdaderamente sorprendido de que un prelado tan ilustrado como usted haya podido creer en ellos. Jamás fusilaron nuestros soldados a prisioneros ni trataron de ultimar a los heridos...*

El abad Lagarde<sup>xix</sup> queda en Versalles. Thiers lo retiene, gana tiempo. Espera que los acontecimientos provoquen el crimen deseado por él; cuenta con servirse de él como de una justificación. En el tumulto y la desesperación, el 24 de mayo, seis rehenes son ejecutados, pagando con su vida la matanzas salvajes a que se entregan los versalleses contra las más inocentes víctimas<sup>xx</sup>.

## V

El 22 de mayo, Thiers declara en la Asamblea Nacional:

Somos gentes honestas; se hará justicia por las leyes ordinarias. No recurriremos

más que a la ley.

París habría podido ser tomada en una jornada, pero el combate se prolonga en las calles durante ocho días:

[La matanza] fue ciertamente deseada por los generales bonapartistas y por Thiers... Se prolongó deliberadamente. En esa lenta invasión de París que permitió a la resistencia organizarse, se hizo ocho o diez veces más prisioneros que combatientes había, se fusiló más hombres de los que había tras las barricadas, mientras que el ejército tuvo solamente 600 muertos y 7.000 heridos. Oponer esa frialdad odiosa de las tropas versallesas a los sobresaltos de cólera de los batallones federados, ¿no es determinar de qué lado existió la premeditación?<sup>xxi</sup>

Thiers se aseguró la complicidad del ejército prusiano, obtuvo la anulación del artículo del tratado de Francfort que impedía al gobierno francés reunir más de 40.000 hombres alrededor de París. Y, durante la lucha, el ejército prusiano entregó a los versalleses los comunistas que intentaban fugarse.

Las tropas versallesas –130.000 hombres– provistas de víveres, de armas y de material de sitio, no tienen frente a ellas más que los batallones desorganizados de la Comuna que defienden palmo a palmo los barrios de París. He aquí a Varlin, Varlin que es el ídolo de los barrios, y ante quien todo callaba al entrar; helo allí en la encrucijada de la Croix-Rouge, a Malon y Jaclard en las Batignolles, a La Cecilia en Montmartre, a Wroblewski, que rechaza cuatro veces a los versalleses, en la Butte-aux-Cailles, oponiendo al asalto a París una resistencia desesperada. El 24, la Comuna llama “a todo el mundo a las barricadas”. París no lucha, se deshace. Un supremo esfuerzo: Varlin, Léo Frankel, Brunel, Delescluze, organizan barricadas en la Bastilla, en el Boulevard Voltaire, en el Faubourg du Temple.

*Muy a menudo, las barricadas se levantan en medio de un sombrío silencio. No se oye más que el ruido sordo de los adoquines que caen unos sobre otros y la voz grave de los federados que dicen a los transeúntes: “Una ayuda, ciudadanos, vamos a morir por vuestra libertad”.*

Y he aquí la represión prometida por Thiers, en nombre de las leyes, por las leyes, con las leyes:

*Nuestros valientes soldados se comportan de manera que inspira la más alta estimación, la mayor admiración del extranjero.*

Cuando no se los fusila en el lugar, se lleva a los federados a Versalles en un largo cortejo, bajo la mirada vigilante del general Gallifet.

Los corresponsales extranjeros de los diarios (*Daily News*, 8 de junio, *Times*, 29 y 31 de mayo de 1871) describen así las ejecuciones:

*Los cautivos, ya formados en larga cadena, o ya libres como en junio de 1848, atados por cuerdas de modo de formar un solo bloque, son encaminados hacia Versalles. El que rehúsa marchar es obligado a bayonetazos y, si resiste, fusilado en el lugar o atado a la cola de un caballo...*

Gallifet les esperaba en la Muette; allí recorría las filas con su cara de lobo flaco

*–Usted tiene aire de inteligente –decía a alguno–, salga de las filas.*

*–Usted tiene un reloj –decía a otro–, ha debido de ser un funcionario de la Comuna –y lo ponía a parte.*

*Luego de escoger el general así a un centenar de prisioneros, se formó un pelotón de ejecución. Algunos minutos después, oímos tras de nosotros descargas que duraron un cuarto de hora. Era la ejecución sumaria de los desdichados.<sup>xxii</sup>*

El domingo 28 de mayo, Gallifet dice:

*Que aquellos que tengan cabello gris salgan de las filas: habéis visto junio de 1848, sois más culpables que los otros,*

y hace rodar sus cadáveres en los fosos de las fortificaciones.

Niños de 12 a 16 años y mujeres:

*He visto –dice el corresponsal de Times (29 de mayo)– a una muchacha vestida de guardia nacional marchar con la cabeza erguida entre prisioneros que llevaban los ojos bajos. Esa mujer alta, con largos cabellos rubios sobre los hombros,*

*desafiaba a todo el mundo con la mirada. La muchedumbre la abrumaba con ultrajes, pero ella no pestañeaba y hacía ruborizar a los hombres con su estoicismo.*

A la entrada de Versalles, los prisioneros eran esperados, paseados como espectáculo por las calles de la ciudad, expuestos en la plaza de armas:

*Se ve –dice Le Siècle del 30 de mayo– a prostitutas insultar a los prisioneros e, inclusive, golpearlos con sus sombrillas.*

¡Con qué refinamiento está organizada la ejecución de los vencidos! Thiers ha querido esa carnicería; telegrafía a los prefectos: “El suelo está cubierto con sus cadáveres, este espectáculo horroroso servirá de lección”. Y a la Asamblea: “La causa de la justicia del orden, de la civilización ha triunfado”.

*399.823 denuncias y solamente 38.568 arrestos; 20.000 mujeres y niños muertos durante la batalla o después de la resistencia (en París y en provincias).*

*3.000 muertos en los depósitos, en pontones, en bosques, en prisiones, en Nueva Caledonia, en el destierro...*

*13.700 condenados a penas que, para algunos, duraron 9 años.*

*70.000 mujeres, niños y ancianos privados de su sostén natural o arrojados de Francia.*

*107.000 víctimas, he ahí el balance<sup>xxiii</sup>.*

La clase obrera contribuyó ampliamente a llenar la lista de las víctimas. Una estadística aproximada del general Appert reparte así la víctimas entre las diversas profesiones: 2.901 jornaleros, 2.664 cerrajeros mecánicos, 2.293 albañiles, 1.569 carpinteros, 1.598 empleados de comercio, 1.491 zapateros, 1.065 dependientes, 863 pintores de la construcción, 819 tipógrafos, 766 picapedreros, 681 sastres, 636 ebanistas, 528 joyeros, 382 carpinteros de obra, 347 torneeros, 283 tallistas, 227 hojalateros, 224 fundidores, 210 sombrereros, 206 costureros, 193 pasamaneros, 182 gravadores, 172 relojeros, 172 doradores, 159 impresores de papel pintado, 157 matriceros,

106 maestros, 106 encuadernadores y 98 fabricantes de instrumentos.

El domingo 28 de mayo, después de haber combatido en los distritos 6º, 3º, 10º, 11º, “cuando no queda ya ninguna barricada, Varlin abandona su vida al azar<sup>xxiv</sup>”.

Agotado, se sienta en un banco en la plaza Cadet. Un transeúnte lo reconoce, queda un momento vacilante, después lo señala a la patrulla que pasa. Los soldados lo toman a culatazos. Se le arrojan suciedades y lodo. Varlin contempla con serenidad a la muchedumbre cuya emancipación quiere.

Eugène Varlin arriesgó su vida para salvar los rehenes y, sin embargo, se grita a su alrededor: “¡A Montmartre, a Montmartre, que se le fusile en el mismo lugar que a Clément Thomas!”

El teniente Sicre conduce a Varlin, maniatado, a los montículos donde estaba el general Laveaucoupet.

Por las calles escarpadas de Montmartre, Varlin es arrastrado durante una larga hora.

*Bajo la granizada de los golpes, su joven cabeza meditativa, que no había tenido jamás sino pensamientos fraternales, se convierte en un jigote de carnes, con un ojo colgando fuera de la órbita. (Lissagaray)*

Cuando llega a la rue des Rosiers, no marcha ya, se lo lleva. Se lo sienta para fusilarlo. Los soldados destrozan su cadáver a culatazos. Sicre lo despoja, distribuye a los soldados el dinero hallado en sus bolsillos y retiene el pequeño reloj que le habían ofrecido los encuadernadores en septiembre de 1864.

Eugène Varlin, Thiers: dos hombres, dos razas, y, sin embargo, de un mismo país. pero encarnan las dos corrientes humanas que chocan a lo largo de la historia: la lucha de los vivientes contra los sobrevivientes.

Thiers ganó su cuarta batalla, pero no contra un ejército enemigo. General de guerra civil, su apoteosis comienza; se convierte en héroe nacional.

La sombra se extiende sobre Francia, después... la noche. Una noche profunda que se prolonga. Pero, luego, llegará la luz del día.

- i ARNAUD, René: *Histoire du second Empire*. Paris: Hachette 1929, p. 338
- ii *Procès-verbaux des séances officielles de l'Internationale à Paris pendant la guerre et pendant la Commune*. Paris: Lachaud 1872
- iii *Enquête parlementaire sur l'Insurrection du 18 de mars*, 3 vol., Versailles 1872. t. II, págs. 60 a 78, *Journal officiel (19 mars - 24 mai)*, V. Bunel, ed. 1871; *Procès-verbaux de la Commune*, ed. Bourgin y Henriot, t. I, marzo-abril, 1871, París, Leroux, 1924. Ver G. BOURGIN: *Histoire de la Commune*, París, 1907; *Les premières journées de la Commune*, París, s. d.; ver *L'Homme Réel*, marzo, 1934; y *La Commune* (ilustrada), 432 págs., Les Éditions Nationales, 1938; M. DOMMANGET, *Blanqui, la guerre et la Commune*, París, Domat, 1946; *Hommes et choses de la Commune*, Marsella, 1937; LENIN, *La Commune de Paris*, París 1931. KARL MARX, *La Commune de Paris*; M. VILLAUME, *Mes cahiers rouges*, París, 1913.1914.
- iv CONDE D'HERISSON, *Nouveau Journal d'un officier d'ordonnance, La Commune* Ollendorf, 1889, pp. 68 ss.: Thiers quiso la Comuna (cap. 4)
- v *La Revue*, 1 de octubre de 1901
- vi PAUL CAMBON, "Souvenirs du 18 mars 1871", *Revue de Paris*, 1 de abril de 1935
- vii JULES VALLÈS, *L'Insurgé*, pág. 268
- viii JULES VALLÈS, *L'Insurgé*, pág. 273
- ix Sobre 485.569 inscritos, votan 229.167 electores, una proporción un poco mayor que la que eligió los alcaldes de noviembre de 1870.
- x Después de las elecciones del 16 de abril, Johannard, uno de los militantes obreros incluidos en el tercer proceso de la Internacional, se asoció a la mayoría jacobina.
- xi LISSAGARAY, *Histoire de la Commune de 1871*, París, Dentu, 1896, pág. 390. "Conservo el sentido revolucionario que se enerva en los obreros instruidos."
- xii AUDIGANNE, *Revue des Deux Mondes*, 15 de mayo de 1871.
- xiii LISSAGARAY, *op. cit.* pp. 499-503. Apéndice, nota dirigida por Theisz a Lissagaray. BENOÎT LAURENT, *La Commune de 1871: "Les ballons et les télégraphes"*, prefacio de Lucien Descaves, Dorbon, 1934.
- xiv KARL MARX, *La Commune de Paris*, Trad. de Ch. Longuet, París, 1901. Marx escribió esta obra con espíritu táctico, renunciando a sus planteos de política realista que había sostenido al comienzo de los acontecimientos.
- xv "Arrasada, ahogada en sangre... la Comuna no dejó, por eso, de volverse más viva, más poderosa en el alma del proletariado de Europa." MIJAÍL BAKUNIN, "La Commune de Paris et la notion de l'Etat", *Les Temps Nouveaux*, París, 1899, pág. 23.
- xvi Artículo de la *Gaceta obrera*, nos. 4-5, 28-15 de abril de 1911. Ver también *El estado y la revolución* (1917). *Informe al congreso panruso de los soviets* (enero de 1918). *Carta a los obreros de Europa y de América*, artículo de *La gaceta del extranjero* (2-23 de marzo de 1908), etc.
- xvii *Illustration*, 8 de abril de 1871
- xviii EDMOND DE PRESSENSÉ, "Le 18 mars, Paris sous la Commune", *Revue des Deux Mondes*, 15 de junio de 1871
- xix CONDE D'HERISSON, *op. cit.* pág. 218 ss. "El abate Lagarde fue encargado por el arzobispo de ir a Versailles a negociar el cambio... Es preciso preguntarse, primeramente, por qué fracasó esa misión. La respuesta es simple. Fracasó porque el señor Thiers no quiso admitir siquiera la idea de negociación de ninguna clase con los insurrectos... en esa negativa estalla también la ferocidad del alma burguesa y baja que animaba al vencedor de la Comuna."
- xx *Le National* dirá: "basta de ejecuciones, basta de sangre, basta de víctimas". MAURICE GARÇON, *La Justice contemporaine*: "Durante toda una semana, París fue teatro de una abominable parodia de justicia que facilitó todas las cobardías y autorizó todas las crueldades."
- xxi GEORGES BOURGIN, *op. cit.* pág. 168.
- xxii *Daily News*, 8 de junio de 1871 y *Times*, 31 de mayo de 1871, citados por LISSAGARAY, *op. cit.* pág. 396
- xxiii LISSAGARAY, *op. cit.* pág. 486.
- xxiv E. FAILLET, *Biographie de Varlin*, pág. 61, in 8º, París, Perreaux, 1885.

N. B. – El autor de esta historia quiere señalar particularmente dos obras aparecidas después de la primera edición: *Trade-unionisme et syndicalisme*, por ANDRÉ PHILIP (Librairie Montaigne, 1936) y *Le mouvement syndical en France*, por GEORGES LEFRANC (Librairie Syndicale, 1937). Además, *La Commune*, de GEORGES BOURGIN (Éditions Nationales, 1938), por su calidad y su amplitud, representa la obra de una vida.

